

# Un costumbrista montañés: Domingo Cuevas (1830-1907) y sus *Recuerdos de antaño* \*

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA  
(The Ohio State University)

Aunque Domingo Cuevas es hoy apenas conocido merece quedar incorporado a la literatura de Cantabria por sus relatos sobre las costumbres y los tipos de su Comillas natal. Era primo carnal de Pereda por parte de madre, y quizá fue su amigo más íntimo y el más entrañable<sup>1</sup>.

Domingo de las Cuevas y Sánchez Porrúa, Mingo, para sus íntimos, apenas salió de Comillas y su relación epistolar con Pereda parece haber sido frecuentísima, íntima y cariñosa, a juzgar por el tono de las cartas que se conservan<sup>2</sup>. Como es sabido, o éste no guardaba las muchas que recibía o la mayoría desaparecieron; en cambio Cuevas tuvo, como escribía Eduardo de Huidobro, «una copiosa colección de cartas», que le prestó pocos días después de la muerte de Pereda. Pero las publicadas por Huidobro, bastantes de ellas reducidas a breves párrafos, no constituyen, ni mucho menos, una «copiosa colección»<sup>3</sup>.

Cuevas fue muy popular entre sus amigos y, al decir de sus contemporáneos, tuvo el don de *remedar* a la perfección el modo de hablar y los gestos de la gente. Según Pereda,

es innegable que en el cultivo de ese *arte hablado* que mencioné, no he conocido hombre alguno que aventajara a mi pariente. Empezando por *remedar* tipos maquinalmente y uno a uno, la fuerza misma de sus facultades *imitativas* le fue ensanchando el terreno y arrastrando a mayores empresas. Al tipo suelto sucedieron los agrupados, al monólogo los diálogos, a lo cierto lo imaginado, y así, hasta llegar a la cumbre, al dominio absoluto del arte, porque un arte supo hacer, al fin, de este inofensivo y gracioso entretenimiento («Al lector», *Antaño*).

Tras la apertura de la carretera que sacó a Comillas de su aislamiento, veranear allí se puso de moda y quienes escucharon a Cuevas fueron «llevando la fama de los *remedados* más notables por esos mundos de Dios»; y se preguntaban cómo era que allí abundasen tanto los tipos raros, pero no era así sino que «el comillano Cuevas sabía

---

\* Mi agradecimiento a Fernando Vierna y a Rosa Fernández Lera por haberme facilitado amablemente información y materiales para este artículo.

<sup>1</sup> Domingo Cuevas nació en Comillas el 21 de abril de 1830, era hijo de Miguel de las Cuevas Martínez de Cossío y de Mariana Sánchez de Porrúa y Fernández de Castro, hermana de D.<sup>a</sup> Bárbara, la madre de Pereda. También estaba emparentado con los Cossío de la Casona de Tudanca por parte de su esposa, D.<sup>a</sup> Soledad de Cossío y Salinas (Cossío 1973, III: 267, 269).

<sup>2</sup> Domingo Cuevas tan solo es mencionado breve y circunstancialmente en las obras dedicadas a Pereda y a las letras de Cantabria.

<sup>3</sup> Ver los tres trabajos de Eduardo de Huidobro que se recogen en la bibliografía como Huidobro 1907, 1919, 1933.

entresacarlos de la masa común, descolorida a los ojos del vulgo, donde nadie más que él sabía verlos por su lado original y *aprovechable*» («Al lector», *Antaño*).

Pero esta situación cambió cuando Cuevas, cercano ya a los sesenta años, decidió confiar al papel aquellos *remedos* de viva voz que le habían hecho tan célebre. Su primo no sabía nada de sus nuevas aficiones y cuando leyó el relato «El santuco de la mies» le escribió de inmediato felicitándole pues «no parece la obra de un pintor que se estrena; porque está compuesta con gran arte y soberbiamente escrita» (Santander, 27 de Octubre de 1889). Animado con tan caluroso elogio, al «Santuco» fueron siguiendo otras narraciones; y el 8 de septiembre de 1891 le escribía Pereda, «mi enhorabuena por tu *Ñobis* que he leído en *El Atlántico*. Es un bocetito de muy buen arte, que no tiene otro defecto que el de saber *a poco*. Pon mayor lienzo en el bastidor para la primera, no te duelan los colores, y sobre todo no te encojas ni empereces, porque en Dios y en mi ánimo te declaro que lo haces de perlas» (Santander, 11 de diciembre de 1891).

Se había ofrecido a prologar *Recuerdos de antaño* (1893), el volumen que recogía los relatos de Cuevas, «pero Dios dispuso las cosas de otro modo, de triste recordar para mí [se refería a la trágica muerte de su hijo Juan Manuel el 3 de septiembre de aquel año], y el libro tuvo que echarse a la calle sin la compañía que yo le había prometido»; después vinieron la catástrofe del *Machichaco*, la soledad de Mingo, viudo, con poca salud y poco dinero y los achaques y sucesivas muertes en aquel grupo de amigos. Y el autor de *Peñas arriba* confiaba a su primo los síntomas de su enfermedad, cada vez más graves: «Goteras, Mingo, de edificio viejo que cada vez abren mayor boquete» ([Santander?], 31 de diciembre de 1895).

Cuevas había ido añadiendo nuevas escenas a las publicadas en 1893 y tenía ya lista para la imprenta una segunda edición con el nombre de *Antaño*, que publicó Fortanet en Madrid a fines de 1903. Esta vez llevaba el prólogo de Pereda, cuya enfermedad seguía su curso. El 1 de marzo de 1906, fallecía en Santander, y al cabo de un año, lo hizo Domingo Cuevas en Comillas (28 de agosto de 1907).

*Recuerdos de antaño* se publicó en Madrid (Imprenta y encuadernación de la *Revista de Navegación y Comercio*) en 1893, con dedicatoria impresa «Al Exmo. Sr. Marqués de Comillas. En testimonio de gratitud y cariño» y además de las «Dos palabras de proemio», posiblemente obra de José Díaz de Quijano, íntimo de Pereda y director de la *Revista de Navegación y Comercio*, constaba de nueve relatos. La segunda edición, también impresa en Madrid por Fortanet en 1903 con el nombre de *Antaño*, llevaba la misma dedicatoria que la edición de 1893, y estaba notablemente ampliada pues además del prólogo «Al lector» de José María de Pereda y los seis relatos publicados en 1893, recogía trece más.

Domingo Cuevas no escribió más que este libro, y los relatos publicados en 1893 reaparecen en 1903 en el mismo orden que tenían, sin correcciones ni variantes. Creo más apropiado referirme a ellos como «narraciones» o como «relatos» y no como «cuentos»; pues el autor describía de viva voz el pergeño de los personajes, e imitaba sus voces y sus gestos, y estos relatos son supuestamente una transcripción. Son literatura oral transmitida al papel, con todos los riesgos que eso conlleva; la intención del narrador era dar a conocer a los protagonistas de estas imitaciones, pero el argumento del relato, si es que le había, era secundario. Cuevas llegó a la escritura por el desusado camino de la narrativa oral; había comenzado de joven a imitar tipos populares sin otro propósito que divertir a sus amigos y, pasados los sesenta años, y para entretener sus ocios, comenzó a escribir pero sus «cuadros cómicos», como los llamó Pereda, dejaron

de serlo. Quienes no contaban más que con el texto escrito carecían del referente vivo sobre el que se había hecho la imitación, y la ausencia del tono y de las inflexiones de voz, del acento, de los gestos faciales y de los movimientos del cuerpo, imprescindibles para el remedo e identificación de los personajes, disminuían notablemente la comicidad del relato. Pero lo que el texto escrito perdió en una comicidad efímera lo adquirió con las agudas descripciones de tipos, escenas y paisajes, propias de un pintor de costumbres.

Entre aquellos personajes estaban los viejos hidalgos que habían conocido los tiempos de Fernando VII, como el ocurrente Jusepe Antón, quien «celebraba el octogésimo aniversario, cuando corría el año de Gracia de 185...»; como Don Silvestre, que «vestía calzón corto, media de seda o lana, casaca y chupa de pana oscura, y calzaba zapato con hebilla de plata», afrancesado en su juventud y luego «constitucional decidido», que leía a Cervantes, a Quevedo, y a Fenelón, «dentro del Telémaco»; como don Toribio, el hidalgo de la Liébana que bajaba a caballo a la costa tres veces al año para comer pescado, y como el retirado Inquisidor del Perú. Había dómines pedantes, jándalos como el cómico Frasquito, «un hombrecillo de cara ancha, mofletuda y macilenta, y metía el un ojo en el otro, a la manera de Pasamonte». Y entre las clases populares, estaban Lantarón, Peñuca el lunático, el leñador Galán, «el Marquesito», un zapatero francés que un día desapareció de la villa, el patrón Mancino, y Ñobis, un buen hombre que hacía de todo, de quien Cuevas dejó un poderoso retrato, tan humorístico como cariñoso.

No eran creaciones literarias sino hombres y mujeres de carne y hueso, en su mayoría vecinos suyos, «gente remedable por algún lado» que había conocido él y observado desde su niñez. Cuevas llamó la atención sobre gente, por lo general, humilde, y «célebre» entre sus convecinos por sus costumbres y rarezas más o menos graciosas, que vivieron en Comillas y que, como aquéllos, pasaron a mejor vida, dejando efímero recuerdo.

Para la fidedigna imitación de tantos personajes contaba Cuevas con extraordinarias dotes de observación, que abarcaban también a la relación que aquellos tenían con su propio mundo. De los usos y costumbres de aquella sociedad recogió aquellos relacionados con la vida de sus personajes. Valgan de ejemplo como cuadros de costumbres las reuniones en casa de Jusepe Antón y en la de don Silvestre, a las que asistían diversos personajes vivos identificables como *tipos* en el sentido costumbrista de la palabra, como los dómines pedantes o los jándalos fachendosos; también las escenas de tempestades marítimas, con el toque de *tente nube*, «triste, monótono y acompasado»; la de la romería y ruego a San Andrés en el mes de Mayo, con la procesión por los prados hacia el cementerio, donde se bendice a los muertos y se pide por la fertilidad de los campos; la detallada descripción de la costumbre de abrir los portillos de la mies y recoger las panojas el día de Difuntos; y el relato de un viaje a Sevilla en el que destacan las accidentadas peripecias que solían presentarse a mediados de aquel siglo. Y merecen notarse otras descripciones de escenas de la vida en el pueblo como la de la velada en un molino, las de la pesca, o la muy detallada de la matanza del chon, así como las del paisaje en la zona costera de Comillas.

Cuevas no usa en sus relatos el término «patriarcal» en su nostálgica visión de aquella sociedad idealizada y estática, clasista, paternalista y benévola que evocó en sus relatos. Observador sensible, tenía nostalgia de un pasado anterior a los cambios ideológicos y materiales que llegó a conocer y que, para él, acabaron con el recoleto mundo comillano

en el que había crecido. Aquel anciano amante de su pueblo fue crónica viva del pasado casi a lo largo de un siglo, y evocó personajes, sucesos y costumbres, cuya memoria se había ido perdiendo. Como los hidalgos montañeses, quizá con la excepción de aquel Don Silvestre, afrancesado y liberal, por su clase social y por sus creencias Domingo Cuevas fue conservador, y quizá carlista, y en estos relatos queda claro dónde estaban sus simpatías.

Eusebio Güell, conde de Güell<sup>4</sup>, que fue el gran protector de Gaudí, dedicó unas cariñosas páginas en sus «Recuerdos de Castilla» a Cuevas, con quien, a pesar de la diferencia de edad, le unió una gran amistad. Para quienes le conocieron mediado el siglo XIX fue un hidalgo de escasos recursos y mala salud, melancólico y solitario porque sus contemporáneos habían pasado a mejor vida, y vivió a la vez resignado y contento de no salir de su tierra. Fue un hombre de bien que se identificó con los humildes y con los solitarios, a los que pintó con humorismo y con cariño en sus relatos. Y él mismo fue un personaje de los que asoman por las novelas del autor de *Peñas arriba*.

Sus dotes de observación y sus descripciones de personajes, escenas y lugares dieron a sus relatos un inesperado valor costumbrista y, en ocasiones, etnográfico, posiblemente no pretendido, que hoy dan a Domingo Cuevas un merecido lugar entre los narradores de Cantabria.

## Bibliografía

- COSSÍO, José María de. (1973). *Estudios sobre escritores montañeses*, III. Santander. Institución Cultural de Cantabria.
- CUEVAS, Domingo. (1893). *Recuerdos de antaño*. Madrid. Imprenta y encuadernación de la Revista de Navegación y Comercio. Sagasta 19 [Sello y *ex-libris* de Federico de Vial.] Dedicatoria impresa «Al Exmo. Sr. Marqués de Comillas. En testimonio de gratitud y cariño. El autor». Dedicatoria autógrafa: «A su amigo distinguido y cariñoso Federico Vial, Domingo Cuevas». Lleva sello de goma de la «Biblioteca de Ferrocarriles del Norte de España» en óvalo y en el centro, «José Díaz de Quijano, Columela, 17, Madrid».
- . (1903). *Antaño*. Madrid: Fortanet. La misma dedicatoria que 1893 al marqués de Comillas. Dedicatoria autógrafa a «Federico de Vial, mi constante y excelente amigo, en prueba de sincero afecto, Domingo Cuevas». *Ex-libris* de Federico de Vial.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1983). *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander. Pronillo.
- HUIDOBRO, Eduardo de. (1907). «Domingo Cuevas». *Diario Montañés*. 4 de septiembre de 1907.

---

<sup>4</sup> Eusebio Güell y Bacigalupi (Barcelona, 15 de diciembre de 1846-Barcelona, 8 de Julio de 1918), era nieto del primer marqués de Comillas y sobrino del segundo. Hijo de un próspero indiano catalán, fundó numerosas empresas industriales y ostentó altos cargos políticos. Fue amigo y mecenas de Gaudí y autor de obras sobre asuntos varios. En 1871 casó con la hija mayor del marqués de Comillas. Alfonso XIII le concedió el título de conde de Güell.

- . (1919). «Como recuerdo». *Diario Montañés*. Viernes, 1 de marzo de 1919. Pág. 1.
- . (1933). «Pereda en el género epistolar». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XVI. 8-30.
- GÜELL I BACIGALUPI, Eusebio. (1929). Conde de Güell, «Recuerdos de Castilla». *Apuntes de recuerdos*. IV. Barcelona. 31-154.
- LÁZARO SERRANO, Jesús. (1985). *Historia y Antología de escritores de Cantabria*. Santander. Pronillo.
- . (2006). *Literatura cántabra*. Santander. Librería Estvdio.
- MADARIAGA, Benito. (1991). *Pereda. Biografía de un novelista*. Santander. Librería Estvdio.
- PEREDA, José María. (1893). «Al lector». En Domingo Cuevas. *Antaño*. Madrid. Fortanet. V-XXIV.
- VV. AA. (1906). *Apuntes para la biografía de Pereda. El Diario Montañés*. Número Extraordinario. 1 de Mayo.